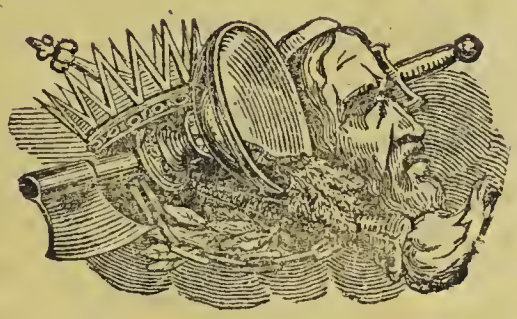
EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL ULTIMO VALS DE WEBER,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1859.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle de Carretas, n. 9.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	V. de Martí é hijos.
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Prado.
Avila.	Rico.
Badajoz	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	Saenz Falceto.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	García Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Sanz Crespo.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlainy Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Zara y Suarez.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Cañavate.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Hermanos de Andrion.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	Moles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Magin Beltran y compañia.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	V. Andrés.

EL ÚLTIMO VALS DE WEBER,

COMEDIA EN UN ACTO

DE MR. ALEJANDRO DUMAS.

ARREGLADA

POR DON JUAN RUIZ DEL CERRO.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

PERSONAJES.	ACTORES.
MADAMA D'YVRY.....	Sra. Palma.
MATILDE.....	Srta. Ossorio.
ROSA.....	Sra. Prada.
MAURICIO, capitan de Spahis...	Sr. Ossorio (D. Fernando).
DE SOR, abogado.....	Sr. Olona.
PEDRO.....	Sr. Benedí.
UN AFINADOR DE PIANOS...	Sr. Molina.
UN RELOJERO.....	Sr. Rodriguez.

La escena pasa en Paris.

Esta comedia es propiedad de D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada El Teatro, *el cual perseguirá al que la reimprima ó represente en cualquiera teatro sin su autorizacion, con arreglo á la ley de propiedad literaria.*

Los corresponsales de la misma galeria son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante, en casa de madama D'Yvry; á la izquierda un piano; á la derecha una chimenea; en el fondo una puerta, y dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO y otro CRIADO, el AFINADOR, despues ROSA.

Al levantarse el telon, hállanse todos sumamente ocupados. El criado, subido sobre una escalera, coloca bujias en la araña; Pedro arregla tambien los candelabros de la chimenea; el Afinador afina el piano.

PEDRO. (Llamando.) ¿Señora Rosa? ¿señora Rosa?
ROSA. (Entrando.) ¿Qué ocurre, señor Pedro?
PEDRO. Salva vuestra opinion, faltan tres bujias para la araña y dos para los candelabros.
ROSA. Tomadlas, y no pidais mas. (Se las da.)
AFIN. (Haciendo resonar el piano.) Lá, lá.

ESCENA II.

LOS MISMOS, MATILDE

MAT. (Vivamente.) ¿Rosa?... ¿dónde estan las flores?
ROSA. Perdonadme, señorita, pero yo no sabia si debia cortar-

las del jardin ó ir á buscarlas á la estufa. Como vos ordeneis.

MAT. Iré yo por ellas. ¿Pedro? ¿Pedro?...

PEDRO. (Entrando.) ¿Llamais, señorita?

MAT. Si.

PEDRO. Salva vuestra opinion, habia salido para...

MAT. Bien, Pedro, bien. Si Mr. de Sor viene, avisa á mi hermana; pero al instante que llegue, ¿lo entiendes? al instante. (Matilde, sonriendo, se dirige al Afinador, y le pone la mano sobre el hombro. El Afinador se levanta, responde á la sonrisa de Matilde con un saludo respetuoso, y continúa afinando. Matilde sale.)

ESCENA III.

LOS MISMOS, menos MATILDE. Óyese una campanilla.

PEDRO. ¡Bueno! Ya estan llamando.

ROSA. Id á abrir, Juan. (El criado sale.) Sin duda es Mr. de Sor.

PEDRO. Ya es su hora, son las siete. Siempre tira de la campanilla al mismo tiempo que empieza á dar el relój.

ROSA. Solamente que el relój se retrasa y Mr. de Sor no.

PEDRO. Pero en cambio se adelanta. En otro tiempo no venia hasta las ocho, y ahora viene á las siete.

ROSA. Quiere decir que en un año se ha adelantado una hora. Para un enamorado no me parece mucho.

AFIN. (Tocando.) ¡Lá! ¡lá!

ESCENA IV.

LOS MISMOS, JUAN introduciendo á MR. DE SOR.

PEDRO. Tomad asiento; la señora...

SOR. Está en su tocador, ya lo sé.

PEDRO. La señora recibe...

SOR. A las ocho, tambien lo sé.

PEDRO. La señora me ha ordenado rogaros...

SOR. Que la espere. Todo eso lo sé ya de memoria. Hace cinco años que vos me dirigis las mismas observaciones y yo os doy las mismas respuestas.

PEDRO. Es verdad; pero, salva vuestra opinion, lo que vos no sabeis es que la señora me ha mandado avisarla hoy al

momento que llegueis.

SOR. ¡Ah!

PEDRO. De la misma manera que tengo el honor de decíroslo. (Pedro sale. Rosa y Juan han salido ya.)

ESCENA V.

DE SOR, el AFINADOR.

SOR. ¿Qué es lo que sucede aqui? ¡En esta casa ocurre hoy alguna revolucion! ¡Bujias en todos los candelabros! vasos preparados para las flores! las fisonomias como en víspera de una fiesta; madama de Yvry, que da orden para que la avisen al punto que yo llegue...

AFIN. (Tocando.) ¡Lá! ¡lá!

SOR. Y el piano afinándose... El único piano inofensivo que yo he conocido, y cuyo silencio me hacia amar tanto á esta casa. En los cinco años que concurro á ella, esta es la primera vez que le veo abierto. Era tan á propósito y tan cómodo, cuando estaba cerrado, para dejar sobre él los sombreros!

AFIN. ¡Lá, lá!

SOR. Pongámonos al corriente de los acontecimientos que han podido tener lugar aqui desde ayer noche. (Aproximándose al Afinador.) ¡Caballero! (El Afinador no responde.) ¡Caballero!...

AFIN. ¡Lá, lá!

SOR. Por lo visto, el buen hombre está preocupado con sus armonias. (Mas fuerte.) ¡Caballero! (El mismo silencio. Le toca en el hombro; el Afinador saluda con la cabeza y prosigue su tarea.) ¡Caballero! Es sordo. ¡Magnífica precaucion para la carrera que ha abrazado! Yo sabia que todo ciego es músico de nacimiento; pero ignoraba que los sordos gozasen del mismo privilegio. Verdad es que Beethoven era sordo... pero Beethoven no era afinador, sino compositor. Será preciso que yo suba de tono. (Hablando alto.) ¡Caballero! ¿qué os ha hecho ese instrumento para que le atormenteis de esa manera? (El Afinador indica que oye.) ¡Ah! ¡me ois! Me alegro mucho. Entonces respondedme. (El Afinador indica que es mudo.) ¡Mudo! ¿A que le faltan los cinco sentidos?... Hé aqui un hombre á quien puede introducirse sin temor en el seno de las familias.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, un RELOJERO.

RELOJ. Con vuestro permiso...

SOR. ¿Qué?...

RELOJ. Soy el relojero de la casa, y vengo á arreglar la péndola, si me dais vuestro permiso...

SOR. Ciertamente que os le doy... Yo soy de la misma opinion que Cárlos V... me gustan los relojes bien arreglados. (Mirando el suyo.) Pero me parece que ese anda al minuto.

RELOJ. ¿Vuestro reloj está arreglado por el de la Bolsa ó por el del Palacio?...

SOR. Por el del Palacio... soy abogado.

RELOJ. Madama de Yvry desea que su péndola se ponga con el del camino de hierro... y ya sabreis, caballero, que los caminos de hierro adelantan siempre de siete á ocho minutos.

SOR. ¿Y con qué camino de hierro?

RELOJ. Con el de Lyon.

SOR. Es una idea bastante singular. (El Afinador empieza á dar acordes mientras el Relojero obliga á dar al reloj.) A fé mia que no creia venir aqui para asistir á un concierto. (El Relojero y el Afinador, que han concluido ya, saludan y se marchan.)

ESCENA VII.

DE SOR, MATILDE.

MAT. (Con flores y sin ver á De Sor.) ¡Rosa! ¡Rosa!

SOR. ¡Oh, querida Matilde!

MAT. ¡Monsieur de Sor!

SOR. El mismo. Empiezo á alarmarme: ¿por casualidad habré equivocado la puerta y me habré entrado en otra casa que en la de madama de Yvry?

MAT. Tranquilizaos, estais en ella.

SOR. Entonces tened la bondad de decirme lo que pasa aqui.

ROSA. (Entrando.) ¿Me habeis llamado, señorita?

MAT. Si. Arregla estas flores... (Ap.) ¡Lo que pasa aqui!...

¡pobre hombre!... ¡Oh! prefiero que lo sepa por otra persona; con tanta mas razon, cuanto que esto es cosa de mi hermana.

SOR. Os decia...

MAT. ¡Ah! si, me preguntabais lo que pasa aqui.

SOR. Si no es una indiscrecion.

MAT. De ninguna manera. ¿Pero de veras no sabeis?...

SOR. Absolutamente nada.

MAT. Pues bien, mañana es su cumpleaños.

SOR. ¿El cumpleaños de quién?

MAT. De mi hermana.

SOR. Perdonadme... pero el nombre de pila de vuestra hermana es Antonina. Y como, salva vuestra opinion—como dice Pedro—Antonina se deriva de Antonia, y san Antonio es el trece de junio...

MAT. Es verdad, pero mi hermana se llama Antonina Edmée, y salva vuestra opinion, asi como Antonina viene de Antonia, lo cual es cuestionable, porque tambien puede venir de San Antonio... Edmée viene incontestablemente de Edmunda, y siendo San Edmundo mañana...

SOR. ¿Y ha sido madama de Yvry quien ha dispuesto este cambio?

MAT. Ella misma.

SOR. Pero San Antonio vá á ponerse furioso.

MAT. ¿Vos os interesais por San Antonio?

SOR. Yo no puedo admitir que madama de Yvry lleve el nombre de un pagano, aunque ese nombre sea el de Antonino el Piadoso.

MAT. ¡Silencio!... aqui viene mi hermana, no la digais nada, es una sorpresa que la preparamos.

SOR. Me parece que la sorpresa podia prepararse mas en secreto. Pero no importa, me callaré.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, MADAMA DE YVRY.

MAD. (Tendiendo á De Sor una mano, que este besa respetuosamente.) Buenas noches.

SOR. ¡Señora!...

MAD. Con vuestro permiso, voy á decir dos palabras á Matilde. (Madama de Yvry se dirige á Matilde y la habla en voz ba-

ja, Matilde la responde en el mismo tono. De Sor las mira.)

MAD. (Alto) ¿De veras?

MAT. (Id.) Si.

MAD. (Bajo.) En ese caso, no hay que perder un instante. (A De Sor.) Me dispensareis por un momento. ¿No es cierto? (Matilde sale por la derecha. Madama de Yvry por el fondo.)

ESCENA IX.

DE SOR solo.

Seguramente que dispenso, puesto que no puedo hacer otra cosa. Confieso que me alegraria tener la llave de todos estos misterios. Quizás lo mas prudente seria retirarme; pero eso seria rehusar el combate. Esperemos, pues, y proveámonos de un arma cualquiera. (Toma un periódico.) «Diario de avisos.» En todo caso, no se podrá acusarme de haber elegido un arma ofensiva.

ESCENA X.

DE SOR, MADAMA DE YVRY.

MAD. ¿Qué leeis?

SOR. El Diario de avisos.

MAD. ¿Conoceis alguna linda casa de campo, que se alquile?

SOR. No conozco mas que una choza...

MAD. Y un corazon.

SOR. Solo que el corazon no se alquila... está ya ocupado.

MAD. ¿Desde cuándo?

SOR. Desde hace cinco años.

MAD. ¿Y vuestro poco éxito, en estos cinco años, no os desanima?

SOR. Yo soy como los jugadores, que despues del placer de ganar, experimentan el placer de perder.

MAD. ¿Y no pensais que podeis seguir perdiendo todavia durante otros cinco años?...

SOR. Mi amor es harto grande para soportar esa desgracia.

MAD. ¡Pero diez años!... Eso es precisamente lo que duró el sitio de Troya.

SOR. ¡Cuidado!... Con esa cita me dais una esperanza... Troya sucumbió á los diez años de sitio.

MAD. Veo que teneis una cabeza obstinada.

SOR. No es la cabeza la que tengo obstinada... sino el corazon.

MAD. Sin embargo, si yo os dijera...

SOR. ¡Oh! Decidme cuanto gusteis.

MAD. Si, yo os dijera que Mauricio llega mañana, ¿qué responderiais?

SOR. Nada. Pero aprovecharia la noche.

MAD. ¿Para qué?

SOR. Para morir de dolor.

MAD. Entonces desde mañana sois un hombre muerto.

SOR. ¡Ah! ¡Hé aqui por qué se ponian bujias en todos los candelabros!... ¡por qué se colocaban flores en los vasos!... ¡por qué se arreglaba el relój por el del camino de hierro de Lyon... por qué se afinaba el piano! ¿Toca por casualidad el piano vuestro capitan?

MAD. ¡Oh! Es un pianista de fuerza.

SOR. ¡Eso es lo único que le faltaba! le odio... le detesto... le execro... Adios, señora.

MAD. ¿Adónde vais?

SOR. A arrojarme al Sena. (Se dirige á la puerta.)

MAD. ¡Pablo!

SOR. (Deteniéndose.) ¡Ah! esta es la primera vez que me llamais por mi nombre de pila.

MAD. (Sonriendo.) Amigo mio, si estais decidido á morir...

SOR. Lo estoy.

MAT. En ese caso, os debe ser indiferente la hora en que lo hagais, y creo que no os negareis á pasar á mi lado vuestros últimos momentos. ¡Vamos á ver! ¿Qué era yo para vos el dia que me visteis por la primera vez?

SOR. La misma que sois hoy: la mujer mas adorable de todas las mujeres.

MAD. Os prevengo que si volveis á dirigirme otra galanteria, os envio al Sena... Cuando yo os ví por la primera vez, estaba casada, ¿no es verdad?

SOR. ¡Ay! verdad es.

MAD. El hombre, con quien me habian casado á la edad de diez y seis años, contra mi voluntad, habia encontrado oportuno entablar no sé qué pleito contra mi padre, para darle las gracias por haber violentado mi inclinacion. Vos tuvisteis la buena fortuna de encontraros allí precisamente para agriar la querella é inflamar á los combatientes.

SOR. Qué quereis, señora, yo os amaba.

MAD. Está visto que los abogados teneis respuesta para todo. Vos tomasteis la defensa de mi padre, y merced á vuestro talento, á los seis meses me hallaba separada de cuerpo y de bienes de Mr. de Yvry.

SOR. ¿Y me aborreceis por eso?

MAD. ¡Al contrario! Os estaré reconocida mientras os dure la vida. Hé ahí por qué quiero que la prolongueis algunos instantes mas.

SOR. ¿Por qué os complaceis en atormentarme tan cruelmente?

MAD. ¡Bueno! ¿Conque ahora tambien os atormento?... ¡Entonces no sé cómo hablaros! Bien sabeis que he sido educada en compañia de mi primo Mauricio. Ambos tenemos la misma edad, con corta diferencia. Creo que Mauricio me lleva uno ó dos años. Desde nuestra infancia nos amábamos, y mi padre me hubiera permitido ser su mujer, si no hubiese creido que mi primo era demasiado jóven para mí.

SOR. Vuestro padre era todo un hombre de juicio. Es preciso que un marido tenga, por lo menos, diez años mas que su mujer.

MAD. Cabalmente eso es lo que sucede á Mauricio.

SOR. ¿No acabais de decirme que solo tenia uno ó dos años mas que vos?

MAD. Eso era cuando se marchó á la Argelia... Pero ya hace cinco años que está allá, y bien sabeis que los años de campaña se cuentan dobles.

SOR. Veo que vos tambien teneis respuesta para todo.

MAD. Vos que hablabais de desesperacion deberiais haber visto la de Mauricio cuando tuvo que renunciar á mi mano. ¡El pobre queria matarse!

SOR. ¿Y yo, no queria arrojarme al Sena hace un momento?

MAD. Pero al cabo no se mató, en lo cual hizo muy bien, como ya veis. Entró en Saint-Cyr, y dos años despues partió para África. Durante todo el tiempo que vivió Mr. de Yvry, bien sabeis vos, que no habeis dejado de verme ni un solo dia, si he observado las estrictas leyes de la fidelidad conyugal.

SOR. Es muy cierto. Pero, de vez en cuando, ya habreis escrito á Mauricio.

MAD. Os juro que solo ha recibido una carta mia.

SOR. ¿Y durante estos siete años no habeis recibido noticias de él?

MAD. Si os dijese que no, mentiria, y yo no quiero mentir. Matilde, á quien él llama su hermanita, estaba en correspondencia con él y me daba noticias suyas. Todo esto, que os lo dije ya el primer dia que me hablasteis de vuestro amor, os lo repito hoy, y añado que os amo tanto como se puede amar á un hombre...

SOR. A quien no se ama.

MAD. Pero á quien se estima.

SOR. ¿Cómo ha de ser un hombre para merecer vuestro amor?

MAD. Como Mauricio.

SOR. Hacedme su retrato.

MAD. Mauricio tiene veinticuatro años; es rubio, de estatura regular, pálido, dulce, poético. Recuerdo que un dia se puso uno de mis vestidos, con el cual tenia todo el aire de un niño.

SOR. Siendo asi, veo que no puedo rivalizar con él.

MAD. Aparte de sus cualidades personales, ya conocereis la influencia de los primeros recuerdos. ¿Es culpa mia si en ese capitan á quien maldecis veo yo el hermano de mi infancia, el compañero de mi juventud?... ¿Es culpa mia si al pronunciar el nombre de Mauricio se estremece mi corazon? ¿Es culpa mia si mi imaginacion vé en sueños los objetos que he visto en otro tiempo á su lado?... El pequeño cercado de Normandia, en donde nuestros padres, entonces niños, se detenian en medio de sus juegos para escuchar las narraciones de nuestras grandes batallas; el manzano de abril, cuyas flores estrelladas arrancaba el viento del Sur, dejándolas caer sobre nuestras cabezas como una lluvia de abundantes copos: el arroyo que cruzaba la pradera, bordado con una franja de margaritas, y remedando en su corriente el dulce murmullo con que la fuente, su madre, le habia arrullado; la villa natal, con su sonora campana, que nos llama tres veces en nuestra vida, al bautismo, al matrimonio y al sepulcro; finalmente, todo lo que hemos visto, oido, respirado, sentido, amado y esperado juntos. Hé aqui lo que nos recuerda un amigo de la infancia... hé aqui lo que me pedis que olvide.

SOR Si... si... conozco que es imposible.

MAD. Y advertid que al hablaros de Mauricio no he hecho mas

que bosquejar sus cualidades. Cuando le veais le hareis justicia.

SOR. Es posible.

MAD. Digo mas: cuando le conozcais, estoy segura de que le amareis.

SOR. ¡Oh, eso jamás!

MAD. Si, porque vos amais á los poetas, y en Mauricio encontrareis un verdadero poeta, un verdadero héroe de novela, un caballero de balada, un príncipe de los cuentos de hadas, y sobre todo, un músico consumado.

SOR. ¡Conque tambien músico!

MAD. Él ha sido quien me ha iniciado en los misterios de la música. Sin su ayuda jamás hubiera penetrado yo el secreto de las grandes obras de Beethoven, de Mozart, de Weber, de Haydn: la música es un idioma como otro cualquiera.

SOR. Muchísimo mas bello, ¡solo que hay tantas personas que le estropean!

MAD. Hé aqui una pieza que nos era á los dos extremadamente simpática: *El último vals de Weber*. Era todo un poema, que encerraba para nosotros en cada nota la armonia de una frase de amor. Mauricio llegaba siempre á esta hora; yo estaba sentada al piano... esperándole. (Se levanta y se sienta al piano.) Dejaba correr maquinalmente mis dedos sobre el teclado, pensando en él. Bien pronto, despues de algunos acordes, semejantes al vuelo de las aves, se escapaban de mis dedos las primeras notas. (Continúa tocando á la sordina.) Cuando yo llegaba á esta frase, Mauricio entraba sin hacer ruido.

ESCENA XI.

LOS MISMOS, MAURICIO, de uniforme, aparece en el fondo.

MAD. (Continuando.) Avanzaba por detrás de mí... yo no le veia, no le oia; pero le sentia venir. (Mauricio avanza silenciosamente.) Cuando daba este acorde estaba ya á mi lado: entonces aproximaba su semblante á mi cabeza. Yo sentia su aliento, que agitaba mis cabellos, y oia la simpática voz de Mauricio, que con una dulzura angelical murmuraba: ¡Antonina, mi querida Antonina!

MAUR. (Que ha seguido las indicaciones de madama de Yvry, dice, pero

con una robusta voz de bajo profundo.) ¡Antonina, mi querida Antonina!

MAD. (Asustada.) ¡Ay, Dios mio!

MAUR. (Abrazándola.) ¡Antonina!

MAD. (Viendo los bigotes de Mauricio.) ¡Caballero!...

MAUR. ¿No me conoces? Soy yo, Mauricio.

MAD. ¡Oh! perdóname, amigo mio... no te habia reconocido. Estás tan... asi... tan...

MAUR. ¿Tan qué?

MAD. No... nada... queria decir que no te aguardaba hasta mañana.

MAUR. Asi te lo habia escrito; pero los vientos y las olas han sido favorables á mi amor. He hecho la travesia en cincuenta horas; de manera que he podido tomar el camino de hierro antes de lo que yo creia. (Se desciñe el sable, que deja con el kepis sobre una silla.) Ahora déjame mirarte.

SOR. Caballero, permitidme antes que me despida de esta señora. Despues que yo me retire podeis disfrutar del placer de contemplarla á vuestro gusto...

MAUR. A mí es á quien toca pediros perdon. Estaba tan preocupado que no os habia visto.

MAD. (Con sentimiento.) ¿Os retirais, amigo mio?

SOR. ¿Qué quereis que haga yo aqui?... Adios, Antonina; os dejo con el héroe de novela, con el caballero de la balada, con el príncipe de los cuentos de hadas.

MAD. ¿Volveré á veros mañana?

SOR. Hace diez minutos os hubiera dicho: *No*.

MAD. ¿Y ahora?

SOR. Ahora os digo: *tal vez*. ¡Ah! si me necesitais para alguna consulta, ya sabeis que á cualquiera hora estoy á vuestras órdenes. (Váse.)

ESCENA XII.

MAURICIO, MADAMA DE YVRY.

MAUR. ¿Quién es ese caballero que se aleja con un aire tan contrariado?

MAD. Monsieur de Sor.

MAUR. ¿Y quién es Monsieur de Sor?

MAD. ¡Cómo! ¿es posible que no conozcas á uno de nuestros mas célebres abogados?

MAUR. Querida Antonia, los militares simpatizamos muy poco con esos señores.

MAD. Veo que os profesais un cariño recíproco. Pues bien, para hacerte renunciar á tus preocupaciones, por lo menos en favor de este, no necesito decirte mas que una palabra. Monsieur de Sor es quien me ha dirigido en mi demanda de divorcio contra Monsieur de Yvry.

MAUR. Entonces es un hombre digno de mi aprecio. ¿Sabes, querida prima, que cada dia estás mas jóven y mas bella?

MAD. ¡Oh! no me digas eso; pareces el eco de Monsieur de Sor.

MAUR. ¡Cómo! ¿Monsieur de Sor te dice que eres bella?

MAD. ¿Conoces algun artículo del Código que se lo prohiba?

MAUR. Pero se lo prohibiré yo. A mí me gusta que todo el mundo te encuentre hermosa, pero no quiero que ninguno te lo diga.

MAD. Sin embargo, alguno hay que me lo dirá á pesar tuyo.

MAUR. ¿Quién?

MAD. El espejo.

MAUR. ¿Te habrás vuelto algo coqueta, Antonina?

MAD. No. Creo que siempre lo he sido.

MAUR. ¡Hum!

MAD. ¿Qué?

MAUR. Nada. ¿Sabes que todavia no te he dado un abrazo?

MAD. ¿Y te acuerdas ahora?

MAUR. (Abrazándola.) ¡Querida Antonina!

MAD. ¡Querido Manricio!

MAUR. ¿Me amas como en otro tiempo?

MAD. ¡Oh! ¡la eterna pregunta!

MAUR. Bien conoces que hay preguntas que no se hacen mas que para obtener respuesta.

MAD. ¡Sabes que vienes galante!

MAUR. ¿Tú crees que en Africa se convierten completamente los hombres en salvajes?

MAD. Completamente, no; pero algo si.

MAUR. En ese caso, ¿qué necesitaré hacer para reconquistar mi título de hombre civilizado?

MAD. Lo primero, recortarte esos bigotazos.

MAUR. ¡Y yo que estaba tan orgulloso con ellos! ¿Sabes que tengo el bigote mas hermoso del escuadron?

MAD. No, no lo sabia.

MAUR. Antonina, yo creo que estás burlándote de mí.

MAD. Eso crees. (Rie.) Dime, Mauricio, y perdona la curiosidad, ¿qué has hecho de aquella encantadora voz de tenor que tanto me agradaba?

MAUR. ¡Ay! ¡querida prima! á medida que he ido ascendiendo en graduacion, me ha sido preciso cambiarla; primero, por una voz de barítono, y despues por una voz de bajo. He pasado de Mario á Tamburini, y de Tamburini...

MAD. A Lablache. ¿Pero por qué razon?

MAUR. ¿Cómo habia de gritar:—«¡Escuadron, por mitades, de frente!»—con una voz de tenor?

MAD. Es verdad. Quiere decir, que en vez de cantar *La Sonámbula*, cantaremos *Don Pasquale*.

MAUR. ¡Ay! querida Antonina, ya no canto.

MAD. ¡Ya no cantas!

MAUR. Para cantar es necesario acompañarse con un instrumento cualquiera... y cómo llevar á la grupa un piano, en una campaña de Kabylia ó del Atlas!

MAD. Tienes razon. Quieres que ensayemos algo en el nuestro. Precisamente acaban de afinarle.

MAUR. (Cogiéndola las manos.) La proposicion es tentadora, pero...

MAD. ¿Pero... qué?

MAUR. No sé cómo decirte... temo desconceptuarme contigo.

MAD. Dios mio, me haces temblar.

MAUR. En mi apresuramiento por verte, no he hecho mas que dejar mi equipaje en la fonda, y venirme directamente aqui.

MAD. Me parece que eso no es muy doloroso de confesar.

MAUR. ¡Es cierto; pero lo restante!...

MAD. Haz un esfruerzo.

MAUR. Pues bien, Antonina...

MAD. ¿Qué?

MAUR. En una palabra, estoy muriéndome de hambre.

MAD. (Riendo.) No me esperaba yo ese desenlace.

MAUR. Encuentras risible esto, tú, á quien yo he visto llorar ante las desgracias de Ugolino. Pues bien, yo te declaro que el hambre de ese digno ciudadano de Florencia no era mas que un principio de apetito, comparado con el mio.

MAD. ¡De veras! Me causas miedo. (Mauricio quiere cogerla la mano.) Retírate: no te acerques á mí hasta despues que te hayas saciado.

MAUR. ¿Me dejas, Antonina?

MAD. Voy á mandar que os den una magnífica comida, señor ogro.

ESCENA XIV.

MAURICIO solo.

A pesar de que he tomado mis precauciones, no he dejado de causar efecto... Cuando yo abandoné la Francia, las mujeres comian ya muy poco... ¿habrán adquirido durante mi ausencia la costumbre de no comer nada? Es extraño: segun su correspondencia, yo me figuraba á Antonina muy diferente de como la he encontrado. ¡Dios mio, cuánto cambia una mujer en siete años!

ESCENA XIII.

MAURICIO, MATILDE.

MAT. (Entreabriendo la puerta.) ¿Se puede entrar?

MAUR. (Volviéndose y viéndola.) Ciertamente que se puede.

MAT. Buenas noches, Mauricio.

MAUR. ¡Oh, qué linda jóven! ¿Quién puede ser?

MAT. ¡Cómo! ¿Ya no conoceis á vuestra hermanita?

MAUR. ¡Matilde!

MAT. Si, Matilde.

MAUR. ¡Aquella niña que yo dejé tan pequeñita!

MAT. Como que cuando os marchasteis no tenia yo mas que doce años.

MAUR. Mi querida Matilde... (Conteniéndose.) Señorita... os ruego que me perdoneis.

MAT. ¡Pero qué es eso! ¿no me abrazais?

MAUR. ¡Oh! perdonadme... no me atrevia. (La abraza tímidamente.)

MAT. ¡Veo que ya no me quereis!

MAUR. (Apretando.) ¡Oh, no me digais eso!

MAT. Seriais un ingrato... porque yo os quiero lo mismo que el dia que os marchasteis.

MAUR. ¿De veras?

MAT. Dejadme miraros... ¡Oh! ¡qué gallardo estais con el uniforme, y qué bien os sientan los bigotes!

MAUR. ¿Conque os agradan mis bigotes?

MAT. Mucho.

MAUR. Y vuestra hermana, que quiere que me los corte..

MAT. ¡Qué atrocidad!

MAUR. Decidme, Matilde, ¿creeis que yo tengo una voz aterradora?

MAT. No, sino muy agradable.

MAUR. Pues bien, vuestra hermana al oirla se ha sobrecogido toda.

MAT. ¿Estais relatándome un cuento?

MAUR. Os juro que es una historia.

MAT. ¡Qué atolondrada soy! ¡Pues no me estoy sin preguntaros, sabiendo que habeis corrido ciento veinte leguas por el camino de hierro, si necesitais tomar algo! Debeis tener un hambre devoradora... ¡pobre Mauricio!

MAUR. ¿Conque tambien os acordais de mi estómago?

MAT. Ya lo veis.

MAUR. De modo que si yo me hallase con un hambre atroz no os extrañaria.

MAT. ¡Al contrario! lo hallaria muy natural, yo que tengo tan buen apetito.

MAUR. ¿Vos teneis buen apetito? Matilde, sois un ángel: dejadme daros otro abrazo.

MAT. Todos los que querais.

MAUR. Dime, hermanita... (Teniéndola entre sus brazos.) porque en otro tiempo yo te tuteaba.

MAT. Bien me acuerdo. ¡Si supierais qué pena me ha dado cuando he visto que no me tuteabais ya!

MAUR. ¿Es decir que me lo permites?

MAT. No deseo otra cosa.

MAUR. Pues bien, yo quisiera hacerte una pregunta.

MAT. ¿Cuál?

MAUR. ¿Crees tú?... Pero es necesario que me respondas la verdad: no me engañes por temor de darme un sentimiento.

MAT. Preguntad.

MAUR. ¿Crees tú que Antonina continúa amándome?

MAT. ¡Podeis dudarlo!

MAUR. ¿Tanto como antes de mi marcha?

MAT. Mucho mas. No ha trascurrido un solo dia, una sola hora en que haya dejado de pensar en vos.

MAUR. ¡De veras!

MAT. Desde que ha sabido que veniais está loca de alegria.

MAUR. ¿Estás segura?

MAT. Mira alrededor tuyo... ¡Oh! perdonadme, Mauricio.

MAUR. En otro tiempo tambien me tuteabas tú, mi querida Matilde.

MAT. Si, cuando era una niña; pero hoy...

MAUR. Hoy, que eres ya toda una mujer...

MAT. No me atrevo. ¿Qué me estabais diciendo?

MAUR. Lléveme el diablo si me acuerdo.

MAT. ¡Ah! ya sé: dudabais del amor de Antonina, y yo os decia: Mirad alrededor vuestro.

MAUR. No; me decias: Mira alrededor tuyo.

MAT. Corriente, como tú quieras. Ademas, si ya no te tutease me equivocaria á cada instante. Decia, pues: mira alrededor tuyo, Mauricio. ¿Ves esos candelabros, esas flores, esas bujias? Se te preparaba una fiesta.

MAUR. Y yo he venido estúpidamente doce horas antes á caer como una bomba en medio de estos preparativos. Decididamente soy un idiota.

ESCENA XV.

LOS MISMOS, MADAMA DE YVRY.

MAD. Muy bien: traes de Africa una linda opinion acerca de tu persona.

MAT. ¿Sabes que Mauricio está muriéndose de hambre?

MAD. Si, ya lo sé.

MAT. Puesto que ya estás aqui, voy yo á prevenir...

MAD. Ya está dispuesto todo. (A Mauricio.) Cuando quieras pasar al comedor...

MAT. En el comedor se morirá de frio... Voy á hacer que le traigan aqui la mesa... En este gabinete estarás mejor, Mauricio... (A su hermana.) ¡Cómo alegra volver á ver á las personas á quienes se ama... despues de una ausencia de siete años! ¿No es cierto, Antonina?

ESCENA XVI.

MADAMA DE YVRY, MAURICIO.

MAUR. ¿Sabes que Matilde es encantadora?

MAD. Pronto lo has observado.

MAUR. Creo que no se necesita mirarla dos veces para conocerlo... ¿Y sabes que en nada se parece á tí, querida Antonina?

MAD. ¿Es decir que yo no soy encantadora?

MAUR. No es eso lo que yo he querido dar á entender.

MAD. Explícate.

MAUR. Quiero decir que Matilde no exige que me corte los bigotes.

MAD. Si en tanto aprecias su voto... no te los cortes.

MAUR. Tampoco me censura el tener una voz de bajo.

MAD. Yo no lo censuro... no he hecho mas que consignarlo.

MAUR. Y ella ha sido quien me ha preguntado la primera si yo tenia necesidad de reparar mi estómago desfallecido.

MAD. Atencion que te ha conmovido profundamente...

MAUR. Y que me ha enternecido hasta derramar lágrimas.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS, PEDRO y ROSA, trayendo una mesa servida.

PEDRO. La señorita Matilde nos ha mandado, salva vuestra opinion, que trajésemos la mesa á este gabinete.

MAD. (A Mauricio.) ¿Dónde quieres sentar tus reales?

MAUR. Donde á tí te parezca mejor.

MAD. (A Pedro.) Ponedla aqui. (Mauricio, antes de sentarse, tiende una mirada por el gabinete.)

ROSA. ¿Buscais á la señorita Matilde? Ha bajado á la cocina.

MAD. ¡A la cocina! ¿Y para qué?

ROSA. La señorita Matilde cree que el señorito Mauricio, que viene de la Argelia, preferirá el café á la turca, y ha aprendido á hacerle de esa manera para preparársele ella misma.

MAD. Podeis retiraros. Si falta algo se llamará.

ESCENA XVIII.

MAURICIO, MADAMA DE YVRY.

MAUR. Matilde es una maga.

MAD. Y tú las amas, ¿no es verdad?

MAUR. Cuando las magas vienen en mi socorro deliro por ellas.

MAD. ¿Y Matilde te ha socorrido?

MAUR. Si.

MAD. ¿En algun peligro?

MAUR. En otro lance mucho peor, en una duda. Yo estoy familiarizado ya con el peligro, pero la duda era una cosa nueva para mí.

MAD. ¿Y de qué dudabas?

MAUR. Me encontraba en un desierto... dudaba del canto de las aves, de la verdura de los árboles, del murmullo de los arroyos... Dudaba de la dicha, de la fidelidad, del amor. Pero, Matilde, con un golpe de su barita, ha transformado el desierto en un encantado verjel, y yo he vuelto á creer en todo aquello que antes dudaba.

MAD. ¿Conque Matilde te ha vuelto la fé!...

MAUR. Diciéndome que hablabas de mí todos los dias, y pensabas en mí á cada momento.

MAD. ¿Matilde te ha dicho eso?

MAUR. Si.

MAD. Pues te ha dicho la verdad.

MAUR. ¡Ay! tenia tanta necesidad de oir esa verdad.

MAD. A pesar de mi promesa... en el momento de tu partida.

MAUR. A pesar de tu promesa... y á pesar de tus cartas.

MAD. ¡De mis cartas!

MAUR. Si, de tus cartas. Porque yo tengo la pretension de creer que tú me has escrito.

MAD. Si, una vez.

MAUR. ¿Una vez?

MAD. Una vez, para decirte que ya era libre, que te amaba y que fiel á mi promesa te aguardaba. ¿No recibiste mi carta?

MAUR. Si. Pero aunque esa carta me llevaba una excelente noticia, no ha podido hacerme olvidar á las otras.

MAD. ¿Qué entiendes tú por las otras?

MAUR. Un hombre mas prudente que yo, teniendo en cuenta su apetito, aguardaria el fin de su comida para entablar contigo una discusion de la importancia de esta. Pero, la verdad es lo primero, y ella me obliga á decirte que no es una carta lo que me has escrito, sino cuatrocientas ó quinientas. ¡Querida Antonina, tus cartas han sido mi vida durante mi ausencia! ¿Cómo hubiera podido existir sin noticias tuyas? ¡Si yo hubiese creido que ya no me amabas... me hubiera hecho matar cien veces!

MAD. ¿Y son mis cartas las que te han salvado la vida?

MAUR. Seguramente.

MAD. Pues bien, querido Mauricio, por doloroso, por terrible que me sea confesarlo... te lo repito, á pesar de la amenaza que me hiciste al partir para Africa, como yo era la esposa de otro... mientras ese otro ha vivido, no te he escrito ni una sola vez. Cuando Mr. de Yvry murió, se te comunicó, como á un simple conocido, la noticia de su fallecimiento; trascurrido el tiempo del luto... solo entonces, te escribí una carta, la cual ha sido la primera y la última, la única.

MAUR. Te repito que tengo en mi poder cuatrocientas ó quinientas cartas tuyas, querida Antonina.

MAD. Y yo te digo que estás loco, querido Mauricio.

MAUR. ¡Loco!... tan loco que he comprado un lindo cofrecillo árabe para guardar las cartas, con la intencion, por supuesto, de quedarme con ellas, pero de darte el cofrecillo.

MAD. Te agradezco la atencion, pero, hazme un obsequio; muéstrame esas cartas.

MAUR. Ya comprenderás, querida Antonina, que por mucho que se estimen, cuatrocientas cartas no se llevan encima.

MAD. ¿En dónde las tienes?

MAUR. En la fonda...

MAD. Estoy impaciente por verlas.

MAUR. La fonda está un paso... voy por ellas.

MAD. Siento interrumpir tu comida, pero no descansaré hasta que las haya visto. Vé al punto.

MAUR. ¡Oh! voy corriendo...

ESCENA XIX.

LOS MISMOS, MATILDE con el café.

MAT. Aqui tienes ya tu café... siéntate.

MAUR. No se trata ahora de mi café. (Váse.)

ESCENA XX.

MATILDE, MADAMA DE YVRY.

MAT. ¿De qué se trata entonces?
MAD. De que Mauricio está loco.
MAT. ¿Cómo loco?
MAD. Atreverse á sostener conmigo... que yo le escribia todos los correos...
MAT. ¡Dios mio!
MAD. Y que ha recibido cuatrocientas cartas mias.
MAT. ¿Pero á dónde ha ido?
MAD. A la fonda... á buscarlas.
MAT. ¡Han llamado!
MAD. ¿Será Mauricio?... parece muy pronto!
SOR. (Desde dentro.) Es inútil, Pedro; ya sabes que yo soy de la casa.
MAD. ¡Monsieur de Sor!...

ESCENA XXI.

LAS MISMAS, DE SOR.

MAD. ¡Entrad, entrad!
SOR. ¿Puedo?..
MAD. Vos llegais siempre á tiempo.
SOR. Dispensadme, pero me hallaba en el balcon tomando el fresco... porque hay ocasiones en que se tiene necesidad de tomar el fresco... cuando he visto, á la luz de la luna, á Monsieur Mauricio, sin kepis y con aire agitado, corriendo como un loco. Entonces me he dicho: no se corre de esa manera, con la cabeza desnuda, á semejante hora, mas que para buscar á un médico; habrá ocurrido algun accidente á madama de Yvry. Y me he venido corriendo.
MAD. Sin sombrero tambien.
SOR. ¡Calla! teneis razon.
MAT. (Ap. á Antonina.) ¿Antonina?
MAD. ¿Qué?
MAT. (Id.) Mauricio va á venir, y en el estado de exaltacion en que se encuentra...

MAD. ¡Cómo! ¡Mauricio se exalta!... pues dígote que es una ganga.

MAT. Si ve á Monsieur de Sor aqui ..

MAD. ¡Me parece que yo soy dueña de recibir en mi casa á quien me parezca!

MAT. Si; ¿pero si de esa entrevista resultase una querella?...

MAD. Tienes razon (A De Sor.) Venid, amigo mio.

MAT. Han llamado... ¡será él!

MAD. Vamos á mi gabinete.

ESCENA XXII.

MATILDE, despues MAURICIO.

MAT. Hé aqui lo que yo me temia. Ahora, ¿qué hacer? ¿qué decir?

MAUR. ¿Dónde está Antonina?

MAT. En su gabinete.

MAUR. Voy allá.

MAT. Aguarda.

MAUR. ¡Oh! déjame entrar... ¿Tú no sabes?...

MAT. ¿Qué?

MAUR. Dice que yo miento... ¡Y afirma que jamás me ha escrito! Por fortuna tengo aqui todas las cartas, desde la primera hasta la última, arregladas por órden de fechas.

MAT. ¿Mauricio?...

MAUR. ¿Qué quieres?

MAT. Quiero...

MAUR. Habla.

MAT. No me atrevo.

MAUR. ¿Conque no te atreves á hablarme á mí?...

MAT. ¡Oh! A tí, sobre todo...

MAUR. Entonces, es cosa grave.

MAT. ¡Si! Muy grave.

MAUR. ¿Y tiene relacion con estas cartas?

MAT. Si.

MAUR. ¿Con las de Antonina?

MAT. Con las que tienes ahí.

MAUR. ¡Cómo! ¿Estas cartas no son de Antonina?

MAT. No.

MAUR. Entonces ¿de quién son?

MAT. Mauricio, me perdonarás, ¿no ès cierto

MAUR. ¡Habla, habla!

MAT. ¿Te acuerdas del dia que te despediste de Antonina? A vuestro lado habia una niña de doce años, en la cual no fijabais vuestra atencion.

MAUR. ¿Eras tú?

MAT. Si.

MAUR. ¡Oh! bien me acuerdo... estabas sentada llorando amargamente.

MAT. Era muy natural... Tú estabas desesperado y decias á Antonina: «Me marcho; pero con una condicion: que me escribirás cada correo diciéndome que me amas.»

MAUR. Bien me acuerdo.

MAT. Y ella te respondia: «¿Cómo quieres que te escriba diciendo que te amo... yo, que voy á ser esposa de otro?» Y tú á tu vez la decias: «Si pasan quince dias sin recibir carta tuya, te juro que me hago matar.»

MAUR. Y lo hubiera cumplido.

MAT. Asi lo pensé yo: por eso despues de tu partida supliqué á Antonina que te escribiese. Pero ella se contentó con responderme: «Cuando seas mayor comprenderás que lo que me pides es imposible.» Por mas que yo cavilaba no podia comprender por qué era imposible. Lo que sí comprendia era que tú habias jurado hacerte matar, y que lo cumplirias.

MAUR. (Dejando el cofrecito sobre una silla.) Continúa.

MAT. ¡Si supieras lo que yo sufrí aquel dia! Pensaba en tí, en tu desesperacion, y cuando llegó la noche te veia pálido, desfigurado, tendido sobre un campo de batalla, murmurando: «Tú no me has escrito, Antonina, y yo he buscado la muerte.» Entonces me ocurrió una idea, que me pareció una inspiracion del cielo. Mi letra era igual á la de mi hermana, y yo resolví escribirte, tomando su nombre, puesto que ella se negaba á hacerlo. Ahora conozco que procedí mal; pero entonces yo no sabia... y aunque lo hubiera sabido... creo que te hubiera escrito lo mismo... ¡te queria tanto!

MAUR. ¿Conque esas encantadoras cartas que me han salvado la vida?...

MAT. Eran mias. Es necesario perdonarme, Mauricio: la intencion era buena. Cuando comprendí que hacia mal, era ya demasiado tarde. Ademas...

MAUR. ¿Qué?

MAT. Creo que á mi vez hubiera muerto yo si hubiese dejado de recibir cartas tuyas.

MAUR. ¡Oh! tienes el corazon de un ángel.

MAT. ¡Cómo! ¿No me riñes?

MAUR. No.

MAT. ¿Y me perdonas?

MAUR. Hago mas que eso, te bendigo.

MAUR. Entonces dirás á mi hermana...

MAUH. Todo cuanto quieras.

MAT. Que estabas en un error...

MAUR. Si.

MAT. Que las cartas no eran de ella...

MAUR. Si.

MAT. Pero es preciso que no la digas que eran mias.

MAUR. ¿Cómo salir entonces de este apuro?

MAT. ¡Ciertamente que es un apuro!... Escucha, Mauricio: yo creo que si consultásemos á una persona de ingenio... á Monsieur de Sor... que es abogado...

MAUR. Si, pero nosotros necesitamos ese consejo inmediatamente, y Monsieur de Sor...

MAT. Está ahí, en el gabinete de mi hermana.

MAUR. ¡Ah! Ya comprendo. Antonina por su parte le ha enviado á llamar para alguna consulta.

MAT. Nada de eso; Monsieur de Sor ha venido sin que nadie le llame.

MAUR. Tu consejo me parece bueno; pero antes quiero hablar á Antonina. Entre tanto... toma.

MAT. ¡Me devuelves mis cartas! (Con tristeza.)

MAUR. No... te suplico que me las guardes por algunas horas, como se guarda el talisman que ha salvado la vida... de un hermano.

MAT. ¡Oh! pierde cuidado.

MAUR. Ahora... di á Antonina que la espero.

ESCENA XXIII.

LOS MISMOS, MADAMA DE YVRY.

MAD. Es inútil... aqui estoy.

MAUR. Perfectamente... Déjanos, Matilde.

ESCENA XXIV.

MAURICIO, MADAMA DE YVRY.

MAD. ¿Y las cartas?

MAUR. Aqui está el cofrecillo. ¿Te parece lindo?

MAD. Muy lindo. Pero... ¿las cartas?...

MAUR. Querida Antonina, es preciso que haya algo de magia en todo cuanto me sucede. La llave de este cofrecillo la he llevado constantemente sobre mí... pues bien, corro á la fonda, le abro... y en vez de encontrar las cuatrocientas cartas... encuentro una sola... una que vale por todas, es cierto, puesto que es la carta en que me llamabas y me decias que todo se hallaba dispuesto para nuestro casamiento.

MAD. Es decir que confiesas...

MAUR. Vengo del pais de las ilusiones, Antonina, y conozco que he sido víctima de la mas terrible de todas... Yo habia creido...

MAD. ¿Qué habias creido?

MAUR. Habia creido que me amabas.

MAD. ¿Es decir que no te amo? No deja de ser curioso que con esa carta en la mano me dirijas semejante galanteria.

MAUR. En todo caso hay un medio bien sencillo, si estoy equivocado, de sacarme de mi error.

MAD. ¿Cuál?

MAUR. En esta carta me dices que tu mano es mia, y que puedo venir á tomar posesion de ella. ¿No dices eso?

MAD. No lo niego.

MAUR. Pues bien, ¿cuándo tendrá lugar nuestro casamiento?

MAD. ¿Por qué... no fijas tú mismo el dia?

MAUR. Yo no tengo derecho para ello. Fija tú la fecha; pero te advierto que por el término mas ó menos lejano que marques, conoceré el grado de cariño que me profesa tu corazon.

MAD. Ciertamente, Mauricio, que... me pones en un apuro terrible.

MAUR. Ya lo sabia yo. (Toca la campanilla.)

MAD. ¿Qué haces? (Pedro aparece.)

MAUR. Decid á Monsieur de Sor, que está en el gabinete de la

señora, que nos haga el obsequio de venir aqui. (Pedro se retira.)

MAD. ¡Pero estás loco, Mauricio!

MAUR. Todo lo contrario, prima... Tú tienes una confianza ciega en Monsieur de Sor... y yo siento grandes simpatias hácia él.

MAD. Lo que vas á hacer es una cosa que no tiene ejemplo.

ESCENA XXV.

LOS MISMOS, DE SOR.

SOR. ¿Me habeis hecho llamar, señora?

MAUR. He sido yo, caballero, que tengo un pleito, del cual depende la felicidad de mi vida.

SOR. ¿Y contra quién litigais?

MAUR. Contra esta señora.

SOR. ¡Tan pronto!

MAUR. Tranquilizaos, no se trata de una separacion... todo lo contrario.

SOR. ¿Y me elegis por consejero?

MAUR. Mucho mas... os elijo por árbitro.

SOR. (A Antonina.) ¿Debo aceptar?

MAD. ¡Puesto que mi primo lo quiere!...

SOR. Os escucho.

MAUR. Seré breve... ademas, la cuestion es bien clara. (Abriéndola.) Hé aqui una carta de mi prima.

MAD. Yo creo que no tratarás de leerla.

MAUR. ¿Por qué no? Los árbitros juzgan con arreglo á los documentos... amiga mia.

MAD. ¡Mauricio!

MAUR. Como gustes, no se leerá. Puesto que vos sois el mejor amigo de Antonina, yo creo, caballero, que estareis al corriente de nuestros negocios... Por lo tanto me dispenso de contarlos.

SOR. Seria una narracion ociosa en efecto.

MAD. ¿Pero á dónde quieres venir á parar?

MAUR. Vos no ignorais, caballero, que yo partí para la Argelia, con la firme intencion de hacerme matar lo mas pronto posible.

SOR. Asi lo he oido decir muchas veces, pero veo con placer que no habeis persistido en vuestra resolucion.

MAUR. Mi prima acababa de casarse entonces con Mr. de Yvry y yo me marchaba desesperado.

SOR. Comprendo vuestra desesperacion.

MAUR. Ya ves, Antonina, si tenia yo razon cuando te decia que me entenderia con este caballero.

SOR. Continuad.

MAUR. Efectivamente, yo adoraba á mi prima, y mi prima me adoraba á mí. ¿No es cierto, Antonina?

MAD. Eso ya lo sabe este caballero.

MAUR. ¡Ah! ¿este caballero lo sabe ya?

SOR. Vuestra prima me ha dispensado el honor de repetírmelo varias veces.

MAUR. Asi, que muerto Mr. de Yvry y transcurrido el tiempo del luto, mi prima se apresuró á escribirme. En su carta me ofrecia su mano si yo volvia á Paris. Ahora, bien; yo he vuelto, acepto su mano y digo: «¿Cuándo se verifica el matrimonio?»

SOR. ¿Y me dirigis á mí esa pregunta?

MAUR. Sin duda.

MAD. ¿Y para eso has hecho llamar á este caballero?

MAUR. Ciertamente. ¿Conque cuándo se verifica el matrimonio? ¿Mañana?

MAD. ¡Estás loco! Mañana...

MAUR. ¿Pasado mañana?...

SOR. Os encuentro apremiante, caballero.

MAUR. Nunca es demasiado pronto para ser dichoso. Sin embargo, si mi prima juzga que son necesarios ocho dias...

SOR. Caballero... ocho dias...

MAUR. Pongamos quince... ¿no?... un mes... ¿Es demasiado pronto?... tres meses entonces.

MAD. ¡Oh! Esto es una tortura...

SOR. Caballero bien veis que esta señora no quiere ni mañana, ni pasado mañana, ni dentro de tres meses... ni nunca!

MAD. ¡Ah! (Cae sobre una silla, como dispuesta á sentir un ataque de nervios.)

MAUR. ¡Cómo! ¿vos creeis?...

SOR. Mirad lo que habeis hecho... ¡Rosa! ¡Rosa!

MAUR. No llameis, es inútil.

SOR. ¿Cómo inútil?

MAUR. Yo, que he causado el mal... soy quien debe repararle.

(Arrodillándose junto á Antonina, y con voz dulce.) ¡Antonina! ¡querida Antonina! Conozco que he sido muy cruel contigo, por no haber comprendido á tiempo, que en siete años tu corazon ha cambiado sin observarlo tú... Crees que mi fisonomia, mi voz, mi aspecto de otros dias te hubieran devuelto tu pasado amor?... No, tu imaginacion sola me habia seguido á los desiertos de Africa... Pero tu corazon ha permanecido aqui... Estos siete años, pasados en la sociedad de un hombre de talento, de un hombre de imaginacion, han hecho de tí una mujer perfecta; mientras que yo, que he vivido solo, en compañia de unos hombres rudos, me he trasformado en un soldado indolente, aventurero, insociable. Si, he sido muy cruel pidiéndote el cumplimiento de una promesa, hija mas bien que del estado de tu corazon, de la palabra que me diste en otro tiempo. Pero, confiesa que tú has sido muchísimo mas cruel que yo, no haciendo ningun esfuerzo para ocultarme la mala impresion que he causado en tí en los primeros momentos y aun bastante despues. (Matilde ha entrado y escuchado las últimas palabras de Mauricio.)

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS, MATILDE.

MAD. ¡Mauricio! yo te pidó perdon.

MAUR. Y sin embargo, yo te traia la felicidad, Antonina.

MAD. ¿Qué quieres decir?

MAUR. Estoy casado hace quince dias.

MAT. (Cayendo en un sillon.) ¡Casado! ¡Mauricio casado!

MAD. ¡Ah! ¡Mauricio, déjame que te abrace!...

SOR. ¡Y á mí tambien, capitan!

MAD. ¿Y con quién te has casado?

MAUR. ¿Me permites que te presente á mi mujer?

MAD. Lo deseo.

MAUR. Aqui la tienes. (Conduciendo á Matilde, que no sabe lo que la pasa.)

MAT ¡Yo!

MAD. y SOR. ¡Matilde!

MAT. ¿Pero no decias que te habias casado hace quince dias?

MAUR. ¿He dicho eso?... Pues queria decir que dentro de quin-

ce dias lo estaré.

MAT. ¡Oh, querido Mauricio!

MAUR. ¿Es demasiado pronto?

MAT. No, no... (Bajo.) Cuando tú quieras.

SOR. ¡Las doce de la noche! (El reloj da.)

MAT. Ese reloj adelanta siete minutos... mi hermana le ha hecho arreglar por el del camino de hierro de Lyon.

MAUR. En ese caso... (Va al reloj y le retrasa.)

MAD. ¿Qué haces?

MAUR. ¡Arreglarle por el del Palacio!

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 10 *de noviembre de* 1858.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil.
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Ahogarse á la orilla.
Alarcon.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Bienes mal adquiridos.
Baltasar.

Canizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.

Dos sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
D. Primo Segundo y Quinto.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El Hipócrita.
El Cura de aldea.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey Garcia
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El jitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor y el interés.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes
El ciego.
El ultimo vals de Weber.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Flor marchita.
Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes
Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Julieta y Romeo.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles o la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspuedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadreño
Los patriotas.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La Banda de la Condesa.
La Esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las Flores de Don Juan.
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la experiencia.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan Soldado.
Las querellas del Rey Sabio
La oracion de la tarde.

La llave de oro
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La cruz en la sepultura.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
Los tres amores.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
La pluma y la espada.
La Vaquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halcones.
Las mujeres.
La gratitud y el amor.
Las querellas del Rey Sabio.
Mi mamá.
Mal de ojo.
Mariana Labarlú.
Mucho ruido y pocas nueces.
Martin Zurbano.
Mocedades.
Marta y Maria.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es oro todo lo que reluce.

Olimpia

Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Por la boca muere el pez.

Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
Quién vive!!

Rival y amigo.

Su imágen
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas
Un huesped del otro mundo
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifneque.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un si y un no.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lagrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.

Ver y no ver.
Verdades amargas.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
Aldé.
Azon Visconti.

Buenas noches, vecino.
Beltran el aventurero.

Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Citas, enredos y bromas, ó el carnaval de Madrid.
Cosas de D. Juan.
Cuando ahorcaron á Quevedo.

Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.

El delirio (drama lírico).
El dominó azul.
El mundo á escape.
El novio pasado por agua,
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.

Guerra á muerte.
Giralda.

Juan Lanas.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*La música.*)
Los dos Flámantes.
La vergonzosa en palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La caceria real.

La huérfana.
La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona.

Mateo y Matea.
Mentir á tiempo.
Marina.

Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por conquista.

Simon y Judas.

Tres madres para una hija.
Tres para una

Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40 cuarto segundo de la izquierda.